

AKIKO YOSANO: LA IMAGINACIÓN COMO REFUGIO

10.24142/unaula.n43a4

WILSON PÉREZ URIBE¹

¹ Licenciado en Humanidades, Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Estudiante de Maestría en Educación y docente del programa de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la misma. Escribe poesía y ensayo. Sus últimas obras: *Movimientos* (Editorial Universidad de Antioquia, 2018); *Libro de la mirada* (Pre-Textos, 2020); *Interior con luz solar* (Editorial Universidad de Antioquia, 2021); *Estudio de las pérdidas* (Pre-Textos, 2022).

*La primavera es fugaz.
¿Qué me importa una vida inmortal?
Toqué
con las manos
mis senos abundantes.
Akiko Yosano*

Hay almas que heredan una cierta seriedad frente a la vida. No dejan de habitar ese paraíso de la infancia. Descubrimos en su semblante una inocencia que no carece de fuerza ni de ánimo. Algunas intiman con las cosas como si se tratara de un juego sin importancia. Otras, en cambio, asumen una curiosidad responsable: ese raro don de destilar toda su vitalidad en favor de paisajes donde es posible vivir sin hacer ruidos, pero con la certeza de que esa cu-

riosidad les alcanzará para comprender un tramo del camino. Y con eso les basta, como si cada cosa precisase de esa inquietud para saberse entre todas las cosas. Esta condición nos la inspira la poeta japonesa Akiko Yosano.

De su vida como imagen se conservan unas pocas fotografías. Un par de ellas no resumen una vida entera; incitan, de una forma gradual, a descubrir la elocuencia y la sencillez de una porción de vida entregada al arte de la palabra y a la vocación inquietante del amor. Vestía, de joven, un kimono ajustado a la cintura. Tenía esa apariencia de lo callado. Acostumbrada a los tempranos y minuciosos cuidados de su madre, adquirió una voluntad intensa por mantener ordenadas las vestiduras que cubrían su cuerpo. Ese contorno de piel, alargado en la sombra de los parques de su Osaka natal, precisaba de atenciones juiciosas, no más que el alimento del espíritu, otorgado por la lectura de los clásicos japoneses y, más tarde, de algunos libros europeos. Leer la aislaba de ese afán del lujo y de la apariencia en los que vivía su país. Otro lujo, tal vez más noble, la acompañaba en sus días de juventud: el de pensar por sí misma, no como un combate contra su tiempo, sino como una lúdica manera de aprender la diferencia entre lo servil y lo auténtico. Lo único que poseía era la lectura. En ella reparaba la vida de los antepasados de su gente para sumirse, con la medida que incitaba su edad, en la reflexión continua sobre la mujer, lo moderno, el trabajo y ese oficio solitario de la poesía. La lectura la fue acercando a ese tesoro al que aspiran pocos: descubrir y hacer suyas las palabras. En esa cotidianidad del vivir había sentido la fraternidad de algunas páginas que, gozosamente, hicieron de su juventud una patria más profunda, privilegiada y afectuosa.

Akiko Yosano nació en Sakai, muy cerca de Osaka, en 1878. Su familia, de origen mercantil, disfrutaba la prosperidad de la venta del yōkan, un postre a base de gelatina. Esa prosperidad no era ajena a la cultura intelectual del padre, quien poseía una extensa biblioteca. Entre las

pródigas riquezas del negocio y los diversos placeres que proporcionaban los libros, Yosano cultivó una pasión verdadera: la escritura.

Nos inquieta una fotografía de la poeta, tomada, tal vez, en los años treinta. Muestra a una Yosano vistiendo un camisón de ligera seda. Un collar pende de la blancura de su cuello, haciendo juego con un ancho sombrero, adornado con varios capullos de lana. Estas ropas de tipo foráneo, muy comunes en el Japón del siglo XX, recrean un ambiente a ratos ostentoso, pero siempre dotado de un vértigo al que el pueblo terminaría por acostumbrarse. Muchos novelistas, entre ellos Natsume Sōseki, ese fiel amante de los gatos, criticarán ampliamente ese recambio de los valores tradicionales. No es de extrañar, Yosano vivió durante toda la Era Meiji (1868-1912), tiempo convulso donde surgirá el Japón moderno, tan propio en la asimilación de lo occidental como en el viraje de la tradición novelística y pictórica. En esta última, Kuroda Seiki (1866-1924), afamado pintor, quien estudió algunos años en Francia, pintó *Aseo matinal*, un desnudo impresionista que alarmaría por la aventura de su gesto artístico. La sociedad nipona reevaluaba los valores antiguos, sustituyéndolos por los blandos prejuicios extranjeros, tan propio en extender una visión angustiosa, normativa y sectaria del mundo. Este y otros motivos, produjeron el exilio de muchos artistas, entre ellos Kuroda Seiki, quien prefirió la consolidación de su obra en otras geografías. Años después, la sociedad japonesa volcaría su estilo pictórico y su empeño en la composición de cuadros que concentraran el diálogo del arte occidental con la cultura asiática.

La Era Taishō (1912-1926) ocuparía una fecunda parte de la vida de Yosano. Este tiempo, no menos agitado en asuntos políticos, teñiría la sociedad del arte de Japón en una rica gama de experiencias, desde la música, la arquitectura y la literatura. Es en estas mareas que acrecientan su oleaje donde aparecen objetos olvidados. Uno de ellos, la condición de la mujer en la sociedad japonesa, resumen vital del trabajo literario de Yosano.

El ejercicio artesanal de la poesía, aunado a los dones de la imaginación, sería para Yosano la suerte misteriosa de un refugio. Esa palabra –misteriosa–, porque la poesía se revela en su completo éxtasis cuando los sentidos padecen de mayor aridez. En esa falta de color, donde el cuerpo acepta la mudez de los trabajos cotidianos, aparece la poesía para dibujar, en las zonas agotadas de la vida, un impulso mayor que ningún otro por intentar colorearlas. Esta cercanía con la poesía, en sus años de juventud, harían de Yosano una consagrada artista a ese oficio intenso y solitario.

En 1931 escribe un ensayo, a la manera de una declaración personal sobre la composición poética. En “La mente de un poeta”² descubrimos a una Yosano que desanda las texturas de su mármol interior para entrever las fisuras, los desgastes y las zonas aún desconocidas.

Intento abrir mi mirada interna hacia las emociones frescas fijándome en los sentimientos humanos, contemplando los colores de montañas y ríos, dejando que las flores, las plantas y los árboles se manifiesten por sí mismos –acercándome al poema como si fuera la primera vez³.

No el poema como una invención, sino como un encuentro que jamás se espera. En su acontecimiento, mirar es escribir, como lo es escuchar o saborear. La vemos en su familiaridad con lo vivo, sin acostumbrarse demasiado a los gestos habituales del florecimiento o la sequedad. Ese estrechar las manos para acariciarlo, en vez de domesticarlo, suponía otra aventura: las palabras se desgajaban en su madurez y los jugos dulces y ácidos eran probados con cuidado, como si un alimento nutricio asaltara la perplejidad de la lengua.

En su atento conocimiento de la tradición del tanka y del waka, Yosano no sólo interiorizó las formas de la poesía japonesa, también se

² En: *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), pp. 1157-1159.

³ *Ibid.* p. 1157.

interesó por moldear su propia escritura en favor de un estilo que tomara la tradición como base, pero que respondiera a los temas, preguntas y angustias de su época. Dirá, entonces, como si elaborara un cofre con sus propias palabras, para hacerlo despertar un día cualquiera, que la labor poética está cercana a la composición musical. Abrimos el cofre y allí se escucha esa música hecha de palabras:

La joven veinteañera.
Fluye entre los dientes del peine
su cabellera negra.
La ostentosa juventud,
¡oh, maravilla!⁴

El poema no se agota en comunicar solamente significados. Cada palabra entreteje un tono y un sabor. Esa música de su decir se da en la combinación que toma como base los sentimientos humanos. Vemos a la joven, con la tierna vitalidad de su cuerpo, pasar el peine sobre el cabello suelto. En ese acto comprende que su edad es el motivo pasajero de una vida que encuentra lucidez y solemnidad, antes de ingresar a las habitaciones toscas y violentas de la existencia adulta. Yosano dice, luego, como si el poema fuera otra extensión de sus manos y precisara de una aclaración, tal vez porque el mundo no es otra cosa que una sensación más íntima y carnal, que ansía, a pesar nuestro, el abandono y el anonimato. “Yo he experimentado que, cuando me siento a escribir poesía, mi ‘amor’ se amplía y redefine. Es más, mi interés por la ‘belleza’ se eleva y enriquece”⁵. No es una cuestión de afirmación ni de seguridad al trabajar con las palabras. Es una condición para desentrañar eso que aguarda tras el rostro. La proximidad con esos motivos acrecienta una mirada renova-

⁴ Traducción de Atsuko Tanabe.

⁵ p. 1158.

da y limpia sobre lo habitado. El precio, un acento mayor en la voz, una decepción agradable, el temblor necesario de lo que antes era firme.

Pero la poesía no siempre se sostiene por sí misma. Su necesidad de alimentarse del puro deseo por la vida no le es suficiente. Cuando la palabra se gesta en el amor, imitando una cierta consciencia creadora, o el ser despierta a nuevas músicas jamás oídas o entierra su aliento en la más próxima cotidianidad, esa que se sume en el trabajo del hogar, el cuidado de los hijos y el deseo entre pareja. Paradójicamente, Yosano desenvuelve su energía creativa en ambas esferas. La intensa relación que sostuvo con el poeta y editor Tekkan Yosano (1873-1935), cuyo fruto fueron treinta y cinco años de vida matrimonial y diez hijos, se aunó a la prolija producción literaria que la llevaría al encuentro, no fortuito, sino necesario, de la condición de mujer. Esa experiencia de su hogar, la de sus padres, como la de sí misma, movilizaría una fuerte intuición hacia las mujeres que vivían entre la fatiga y la comodidad de una vida hogareña dedicada al trabajo, aunque carentes de los placeres de la imaginación.

Una pregunta audaz, y del todo generosa, sería por la existencia de filósofas en Japón. ¿Hubo mujeres que ejercieron la vida intelectual? La respuesta, sí. Yosano, ciertamente, fue uno de los nombres que muchas otras mujeres apadrinaron para abanderar sus discursos. Podríamos pensar en la imagen de una Yosano convertida en escultura, no sólo por su firmeza ante la precariedad, sino por las talladuras del tiempo que fueron modelando una figura icónica, despojada de toda jactancia, pero siempre atestiguando, a modo de esas almas que se libran de todo lo pesado para aligerar las cargas de la mirada, una voz a favor de las mujeres de toda condición social, aunque no menos crítica y firme con la figura visible hasta la extenuación de los hombres en casi todas los territorios de la sociedad japonesa. El entusiasmo, la voluntad y el asomo a una vida que se librase de todo lastre y permaneciera en el borde de los discursos dominantes, al igual que una inclinación fervorosa por el arte, la libertad

de pensar y de sentir, los oficios creativos y el imaginar como acto para aprender el sentido de todo lo que aspira a ser libre y sublime, ocuparon la vida intelectual de Yosano. Si el amor por la vida es un desbordarse del corazón, entonces Yosano atinó a ese compromiso con el equilibrio particular entre poesía y realidad; emoción y pensamiento; gestos exiguos en una época reservada a la curiosa aventura de ser hombre.

En 1868, con la llegada de la Restauración Meiji, que marcaría el nacimiento del Estado moderno en Japón y se afianzaría una larga cadena de revoluciones en el orden político, social y cultural, gracias a la profusa llegada de navíos con diplomáticos e ideas extranjeras, la visión masculina seguía superponiéndose sobre las mujeres, a quienes se les consideraba poco aptas para la investigación intelectual. El filósofo japonés Yukichi Fukuzawa (1835-1901) acentuaba, en 1899, esa visión masculina que resumía la posición de las mujeres a una suerte de propiedad. “[...] Que las mujeres persigan sus derechos legítimos y crear la igualdad entre hombres y mujeres es lo mismo que negar el viejo sistema feudal y establecer el nuevo sistema constitucional del gobierno Meiji”⁶. Es decir, no habría diferencia entre uno y otro sistema si los principios entre hombres y mujeres estuvieran en la misma balanza. Estas represiones discursivas, alentadas por el comercio de nuevas formas de estar en sociedad, fragmentadas por la incursión foránea, suscitarían en las mujeres una convicción por la mejora de su propia vida, motivadas, paradójicamente, por la llegada de historias y memorias de luchas sociales de algunas mujeres en Occidente. Esas renovaciones intelectuales y espirituales incitaron una mirada diversa sobre el rol de la mujer artista y libre pensadora.

La escritora, activista y pionera del feminismo japonés Hiratusuka Raichō (1886-1971), recuerda, al repasar la historia de la revista *Seitō*⁷,

⁶ Tomado de: *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), p. 1127.

⁷ *Seitō* fue una revista feminista editada entre 1911 y 1916, donde circularon las ideas de los primeros movimientos feministas en Japón. Las mujeres que escribían en la revista decla-

que las mujeres “al expresarse con las palabras, empezaron a despertar su consciencia interior y a preguntarse por qué no tenían conocimiento de sí mismas y de su individualidad y el porqué de su parasitaria dependencia de los hombres”⁸. No sólo escribir, sino también leer, evocaban una idea naciente de una mujer pensadora que resinificaba su mundo en favor de los derechos humanos, la libertad, la libre expresión y la creatividad. En estos puntos, particularmente, trabajaría Yosano. Al mencionar la lectura como ejercicio de reconocimiento de sí y como fuente inspiradora de nuevas respiraciones, aludimos a la distinción que realizaban algunas mujeres filósofas del trabajo de los hombres en este campo. La crítica enervaba ese hábito de estudiar las teorías occidentales para denominar una suerte de conocimiento teórico. Las mujeres apuntaban que estas actividades producían un distanciamiento de las verdaderas cuestiones fundamentales de la filosofía en Japón. La labor de la mujer intelectual se basaba en la lectura de estos textos allende el mar para construir un pensamiento propio, en vez de actuar como servidumbre de un legado filosófico que no les pertenecía. Yamakawa Kikue (1890-1980) estudió el pensamiento marxista. Yosano y Raichō leyeron a Rousseau y a Nietzsche. Takamure Itsue (1844-1964) leyó a Platón, Kant y Schopenhauer.

Si las palabras transforman el mundo interior, también alertan una cierta memoria del pasado para no hacer del presente un abstracto ideal o una costumbre destinada al óxido. Esto nos llevaría a recordar que en el sintoísmo la espiritualidad femenina era un referente mítico de poder. Ahí está la diosa solar, Amaterasu, destacándose en los pliegues mitológicos, en tanto dadora de luz, siendo honrada en los rituales del matri-

rabán que eran nuevas mujeres, para referir que podían participar en todos los aspectos sociales, ser libres en la elección del amor y pertenecer al ámbito público, al igual que los hombres.

⁸ *Al principio, la mujer era el sol. Autobiografía de Hiratsuka Raichō* (1971), Tokio: Ōtsuki Shoten, Vol. 1, p. 340.

monio y en los días de la cosecha. Ahí está el budismo japonés, donde se crearon las condiciones para la formación intelectual y la emancipación espiritual de las mujeres. Dōgen, ese venerable maestro budista, animó a muchas mujeres a que practicaran el Zen, argumentando que todos, sean hombres o mujeres, podrían seguir el dharma. Ahí está Nūgai Nyōdai (1223-1298), quien ejerció la vida monástica e impulsó a otras mujeres a esta práctica, fueran aristócratas o princesas. Ahí está, fulgurando en nuestros días, el *Genji Monogatari* de Murasaki Shikibu (978-1016), ese fresco histórico y apasionado del periodo Heian (794-1185), con el cual se creaba el arte de la ficción, siendo este uno de los grandes aportes de las mujeres a la cultura japonesa.

Tampoco es fácil olvidar que, durante el periodo Edo (1603-1868), con la presencia del neoconfucianismo, se asentó la idea de obediencia y sumisión como destino de las mujeres. Las motivaciones de erigir un Japón militar e industrial, tras la decadencia de los valores samurái, produjeron un sesgo sobre las mujeres, confinándolas a la vida obsoleta del hogar y reduciendo su mundo a los barrios de placer, cuyo arte, entre el secreto y el temor, no exaltaría la sociedad en general hasta la aparición de las geishas. Los impulsos coloniales de Occidente, con consignas como “lealtad al emperador” y “buena esposa, madre sabia”, fueron confirmando un espacio restringido para la mujer, en tanto poco acceso a la educación y la necesidad de aumentar la población. Este vértigo en el que se embarcó Japón, en ese diálogo continuo con el mundo extranjero, también fue provechoso. Con la influencia de algunos misioneros occidentales, mujeres, como Tsuda Umeko (1864-1929), estudiaron en Estados Unidos con el propósito de regresar a Japón para organizar los lineamientos de la educación para las mujeres⁹.

⁹ En: “Religión, ideología y mujeres”, *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), pp. 1130-1134.

De las ricas minucias del pensamiento femenino en Japón, rescatamos esta noción sobre la liberación, la cual no era entendida como un estar a la par con los hombres ni con Occidente. La liberación aludía a la idea de construir un pensamiento feminista autóctono. Si pensar en una libertad personal como una posesión de sí, entonces el hecho del hacerse cargo como individuo implicaba un conocimiento de las limitaciones sociales e individuales. Despertar de la mujer en vez de las reformas sociales, era el cometido de varias mujeres que surtieron de identidad el movimiento feminista. Raichō abogaba por la importancia de una filosofía del conocimiento de sí, al señalar que “las mujeres deben volver hacia sí mismas, despertar en su propia dignidad, buscar la emancipación interiormente de tal modo que puedan asegurar la libertad en su propia interioridad, en sus regiones espirituales”¹⁰.

No hay superficies ni envolturas en el pensamiento de Yosano. El corazón, si se quiere el fruto y la médula de su escritura, no son pasajeros en el tejido de una filosofía hecha por mujeres en Japón. Ese regusto de sus páginas es la medida de su grandeza. Son esas almas que llegan a comprender el sentido práctico de la vida moderna y agregan una luz nueva sobre lo ya sabido o, en otras palabras, exaltan lo olvidado, puesto que en él se perfila un mundo donde soplan otros vientos. Es necesario aguzar los sentidos para habitar esas palabras que trazan el contorno de un mundo al que nos habíamos acercado por temor o, en el peor de los casos, por ignorancia, creyendo que la lejanía sería el mejor juicio, antes de aprehender ese otro lado terrestre de la vida. Yosano, fascinada por la época medieval, viajera y maestra, despertó en las mujeres de su tiempo una inclinación por la construcción de una casa donde se escuchara la

¹⁰ En: “Una filosofía del conocimiento de sí de las mujeres”, *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), pp. 1144.

lengua de las mujeres, aquellas oprimidas en las habitaciones del hogar, aquellas que intentaban ser sinceras consigo mismas, mientras tanteaban un espacio en los ramajes oscuros de una sociedad desnuda ante el asedio occidental.

En un texto titulado “Las mujeres y el pensamiento”¹¹, Yosano juzga el acto del hacer y del trabajar como cosas secundarias y mecánicas. Son despreciables porque su valor no está en sí mismo. “Lo máspreciado para los seres humanos es pensar e imaginar. Imaginar es lo más libre y sublime. Nuestra capacidad de imaginar nos permite, entre otras cosas, entender, diseñar, crear, criticar, reflexionar y sintetizar”¹². Se escuchan los ecos de Ono no Komachi, Murasaki Shikibu e Izumi Shikibu. Un pasado cuyas texturas son cercanas a ese presente que anuncia Yosano. Cuánto grado de creación no hace falta para escribir un poema o delinear los últimos colores de una pintura. Esa alusión certera sobre la imaginación encierra una forma de la felicidad, del cultivo de sí y de la liberación. La vida, o se mimetiza entre la fabricación de objetos materiales, o se moldea en las esculturas de barro y de sangre que expresa el fervor por lo bello y lo terrible, que no serían avistados sino con la mirada, atenta e intuitiva, del corazón.

Yosano llama la atención a la falta de razón en las mujeres y en los hombres. Las crónicas sobre la producción industrial sugieren una pregunta por las formas en que el dinero es deseado. El poder capitalista, la manufactura a bajo costo, el trabajo aniquilador de las formas elementales del vivir, sacrifican toda experiencia vital. Más allá de esas actividades, Yosano aboga por el pensar como acto para construir la propia vida, donde el tiempo se conjuga para sí y para los otros. Ese estar en comunidad

¹¹ En: *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), pp. 1150-1152.

¹² p. 1150

para ser sí mismos entreteje un devenir diferente: la forma posible de erigir una ética que acoja el morar planetario en su mayor radicalidad.

Aquellos que conocen el placer de la meditación y el pensar sosegado son verdaderos afortunados. La disciplina de pensar incluso sobre cosas pequeñas de una manera seria nos conduce lejos de las meras reacciones emocionales. Abre el ojo de la sabiduría para ayudarnos a reflexionar sobre nosotros mismos, criticar nuestras acciones y agudiza nuestra capacidad para entender. [...] Si nos comprendemos a nosotros mismos, somos capaces de comprender a otros y adaptarnos a ellos. Desarrollamos la capacidad y consciencia sociales. En pocas palabras, en contra de los miedos y preocupaciones de los conservadores, <pensar> crea a la persona profundamente ética¹³.

Pensar es un acto peligroso. Enseña el rostro, también sus fisuras y confirma la imposibilidad de la duración. Yosano deduce que trabajar y pensar son tareas incompatibles; riñen entre sí. Pero cuando la primera sobrepasa la segunda, la renuncia por la vida es desastrosa. Las mujeres han sido objetos de su propio cuerpo, hasta en la reflexión sobre su condición, han padecido la docilidad, ya que el interés de los hombres por confirmar unas bases de igualdad y hermandad se agota en lo académico.

[...] las mujeres de clase media deben tomar el mando abriendo sus ojos, reformándose a sí mismas y asegurándose las habilidades necesarias para solucionar los temas que conciernen a las mujeres. Lo que las mujeres necesitan con urgencia es llegar a ser mujeres que piensan, con cerebro, además de ser mujeres trabajadoras¹⁴.

El llamado es el fruto de un periplo personal, donde Yosano, presa de las costumbres anticuadas de su familia, se escabullía de ese mundo

¹³ p. 1151.

¹⁴ p. 1152.

en las páginas de los libros. Pero el secreto de esa pasión la llevó al deseo por expresar sus pensamientos. Confiesa que ese impulso la guio hacia una triple libertad donde fuera posible el amar, el ser ética y el dedicarse a la actividad artística. Yosano intuye que su propia experiencia es la de muchas mujeres que no han tomado la decisión de revisitar sus vidas. Esa comprensión la llevó al extranjero, donde el amor por Japón convivió por su amor al mundo. Su vida se alargaba entre la persona privada, el ser ciudadana de un país y ser miembro del orbe planetario. Los jardines zen, los templos budistas, las fábricas de explotación laboral, acompañarían ese periplo por tierras mongolas y europeas, afinando una mirada perspicaz sobre la condición humana en cada país y reforzando los medios para lograr una práctica de conocimiento de sí en las mujeres japonesas.

“El Juramento de las cinco cláusulas” fue un documento promulgado en 1868, en el marco del ascenso del emperador Meiji al trono imperial. Este documento señala el inicio de la modernización de Japón y se exime la división de clases, fruto de la época feudal, en favor de la igualdad de hombres y mujeres ante la ley. Sin embargo, la palabra carece de alma: las contradicciones, las tensiones entre el pueblo y el Estado, las guerras de principios de siglo, la barbarie y las fronteras entre los pueblos, fragmentaron un territorio que, sólo hace algunos siglos, gozaba de una cierta unidad, no por decir perfecta, pero sí imbuida por ese misterio de lo armónico. Yosano, tanto en su obra poética como en el discurso social, asume una voz colectiva, la de las mujeres, para reinterpretar las condiciones de vida y de bienestar humano que deberían aglomerar a todos los ciudadanos. Los oprimidos, los excluidos, los perdedores, portan ese don de la gente sencilla. En su discreto silencio, se encarna la cuestión fundamental: el amor. Si se quiere puede hablarse de humanitarismo, filantropía. Pero los movimientos de las mujeres en la primera mitad del siglo XX en Japón abogaron por el surgimiento de una nueva cultura que hermanara esas aparentes disimilitudes: la tradición y lo moderno.

En un intento por leer las bases sociales y políticas de su país, Yosano advirtió sobre el nacimiento de una nueva y poderosa personalidad femenina, luego de la represión y la subordinación. Pensaba que la idea de una reforma terminaría con el aislamiento y removería los valores de una sana camaradería entre mujeres y hombres para la transformación de la humanidad. Como agua que fluye llevando todo a su paso, Yosano pensaba que la mejora de la situación de las mujeres significaba, a su vez, la mejora de la vida de los hombres. El tejido de una sociedad se basaba en los patrones del individualismo y el humanitarismo, donde todos podrían disfrutar de la vida, en igualdad, sin prejuicios y con un hondo principio de armonía.

Cuando escribo poesía siento un amor y una simpatía profundos hacia las gentes y la naturaleza. Me encuentro con que soy capaz de ver sus méritos y desméritos, su belleza y fealdad, con tolerancia y respeto. Esta es la razón por la cual, desde la antigüedad, arte, religión y ética han ido de la mano, fielmente, en la naturaleza¹⁵.

El mundo, por la poesía, la historia y las personas, se amplía frente a los ojos. Los colores adquieren otros tonos y las sombras despejan otros pliegues de ese gran cuadro. Se aceptan las desgracias como la valentía; el tartamudeo de la lengua como la firmeza de la palabra meditada. Por la poesía, suma del tiempo, exaltación de la música, optimismo frente a la derrota, Yosano comprendió el difícil arte de convocar el gesto femenino en la casa de su alma. Sus textos tienen algo de la experiencia de la siembra. Entre los surcos de su vida supo cultivar la imaginación en el amor a la lectura. Mientras los brotes se inclinaban ante el sol despertaba esa pasión por el decir, así fuera entre balbuceos. Pero los frutos van madu-

¹⁵ En: "La mente de un poeta", *La filosofía japonesa en sus textos* (2016), p. 1159.

rando en el interior de la planta, y cuando cuelgan de la rama, nutricios y carnosos, otros los sostienen entre las manos y los degustan entre la crispación de los labios. Esa lenta maduración del fruto, con el asedio de los climas y la exageración del cuidado, representa la obra cultivada de Akiko Yosano. La poesía dialogaba con el trabajo en el hogar. La escritura se alimentaba del viaje. La reflexión se sostenía por el testimonio silencioso de un manojo de mujeres. En ese equilibrio se sustenta su vida intelectual.

Una última fotografía. Yosano, sentada, carga a uno de sus hijos. Tekkan, su esposo abraza a otro pequeño. Están rodeados por los otros hijos. La familia, vital, se congrega ante la cámara antigua. Yosano trabaja en sus poemas, pero también en sus ensayos y, sobre todo, en la traducción al japonés moderno de *La novela de Genji* que terminará en el año de 1939. En esos tiempos decisivos sufre la parálisis de una parte de su cuerpo a causa de un derrame cerebral. Continúa escribiendo. Los cuadernos se atiborran de notas; intentos de una escritura modulable. La letra apenas es legible. La noticia de su muerte, el 29 de marzo de 1942, víctima de una falla cardíaca, como muchas otras, no será registrada por la prensa.



JUAN HERRERA SOTO

TÍTULO: EL LUGAR QUE SIEMPRE SOÑASTE, LOTES EN VENTA

TÉCNICA: OLEO SOBRE LIENZO

DIMENSIONES : 60.0 X 80.0 CMS